

Educación en la responsabilidad y con responsabilidad

Por José Ramón Amor Pan

EL ECLIPSE DE LOS PADRES

Yo soy la mejor amiga de mi hija... Afortunadamente cada vez se escucha menos esa frase, que tanto daño ha hecho en los últimos años'. En su reacción a formas educativas autoritarias, por esa extraña ley del péndulo, muchos padres incurrieron en formas relacionales y educativas totalmente desnaturalizadas. Había que ser progre... Pero estábamos ante un auténtico disparate, un absurdo metafísico. Porque lo que el niño, y muy especialmente el adolescente, espera de sus padres y lo que espera de sus amigos son cosas bien distintas, ambas necesarias en su proceso de crecimiento y maduración personal. No son intercambiables, y resultan de muy difícil sustitución (por no decir que son insustituibles). Que deseemos tener una relación horizontal con nuestros hijos, basada por tanto en la confianza más entrañable, el cariño más intenso y el diálogo más verdadero, no implica que renunciemos a ejercer nuestra función de padres. El déficit del principio de autoridad es muy negativo.

La cuestión está en que es mucho más fácil dimitir de esa responsabilidad que hemos contraído por el simple hecho de traer a nuestros hijos al mundo y asumir ese otro rol de colegas. Pero, entonces, ¿para qué hemos decidido tener hijos? Ciertamente, ser responsable en ésta o en cualquier otra faceta de la vida resulta incómodo, comprometido y arriesgado; pero también puede y debe ser enormemente gratificante, no les quepa la menor duda. No hay posibilidad de crecimiento si no hay conciencia y aprendizaje de los límites. Por eso, tan peligroso como un estilo familiar autoritario es un estilo familiar negligente, en el que "el todo vale" y la inmediatez en la satisfacción de los deseos se convierten en la única norma reconocida (la consecución de un placer, por cierto, que no se alcanza "siendo" sino "teniendo": vean, si no, el fenómeno del botellón).

De este modo, el umbral de frustración se va haciendo más bajo, el niño se agobia por cosas cada vez más nimias. La situación empeora desde el momento mismo en el que, antes de que ellos lo pidan, hay padres dispuestos a responder a todos los deseos, caprichos y exigencias de sus hijos. En vez de sujetos maduros, criamos seres narcisistas, egocéntricos, incapaces de esfuerzo y solidaridad verdadera, esclavos de sus instintos más primarios. Y es que responsabilidad, libertad, autonomía, participación social e independencia son conceptos que van de la mano. También en el caso de las personas con síndrome de Down. Incluso me atrevería a decir que mucho más cuando de éstas hablamos. ¿Por qué? Precisamente porque sus límites cognitivos hacen más complicado su control volitivo, su autoposesión equilibrada y su integración comunitaria. Por eso es un imperativo moral de primer orden una educación en la responsabilidad, desde la cuna misma. Por amor.

Aprender a decir "no" es esencial. Y no por fastidiar(se) sino para crecer, para madurar. Para alcanzar esa meta es necesario tener a la vista un proyecto de vida y unos valores que actúen como criterio de discernimiento. ¿Cómo van a decidir correctamente si no saben hacia dónde tienen que ir? No tener criterio resulta desestructurante. Quien tiene un para qué por el que vivir, encuentra cómo hacerlo. Como escribe Barberá, "ser libre no sólo es un motivo de orgullo sino también de zozobra y hasta de angustia. Asumir nuestra libertad supone aceptar nuestra responsabilidad por lo que hacemos, incluso por lo que intentamos hacer o por algunas consecuencias indeseables de nuestros actos y, a veces,

J. R. AMOR PAN:
Correo-e:
axeljr@terra.es

por lo que no hacemos”². Ser responsable significa eso, dar cuenta de nuestros actos, asumir sus consecuencias. Flaco favor hacemos a las personas con síndrome de Down si les escamoteamos estos aprendizajes.

Hace ya varios años le preguntaron al escritor y economista José Luis Sampedro cómo deberíamos educar a los jóvenes en esta sociedad tan abierta y cambiante, y él respondió de la siguiente manera: “Enseñándoles los límites. El sentido del límite es uno de los valores que ha perdido la sociedad. En la Antigüedad la diosa Némesis era la suprema guardiana de los límites sagrados, aquellos que permiten conservar el secreto orden del mundo. Hay principios que no pueden ser transgredidos. Si lo hacemos, perdemos nuestra dignidad como personas”³. Se puede decir más alto, pero no mejor. No traicionemos a las personas con síndrome de Down con la sobreprotección. También ellas tienen que aprender que la vida no siempre es cómoda y agradable, y que para ser feliz hace falta conquistar la felicidad

DESARROLLO EVOLUTIVO DE LA CONCIENCIA MORAL

Voy a referirme a la personalización como un proceso de permanente constitución de sí mismo, de descubrimiento y apropiación de sus potencialidades innatas, de ensanchamiento de su horizonte vital y de donación de sí mismo. La vida familiar es el espacio privilegiado para la personalización porque en ella no se encuentran un conjunto de individuos yuxtapuestos, lo que se encuentran son personas que generan un orden comunitario donde aprender a dar de sí lo mejor que uno lleva dentro.

Por eso la vida familiar no puede ser una (pre)ocupación más para los padres, tiene que ser la (pre)ocupación. Por eso hay que tomarse muy en serio el amor conyugal y la decisión de formar una familia, algo que sólo ocurre cuando se llega a producir el encantamiento por la entrega incondicional al otro que amo. Y es que el amor conyugal no es fruto del entusiasmo sino resultado de la paciencia, la perseverancia, la tenacidad y la generosidad.

Como dice Domingo Moratalla, la vida matrimonial y familiar será el resultado de este mundo compartido donde el amor conyugal es mucho más que la erótica conyugal, donde la fidelidad supera la emoción amorosa, donde la entrega realizada supera la fantasía. En definitiva, tomarse en serio el amor (conyugal, paternal/maternal, filial) nos exigirá no reducir el amor a puro sentimiento (que como viene se va), ni la vida familiar a entrega sin entusiasmo ni, menos aún, la vida afectiva a relación sexual.

Entre otras grandezas, el ser humano está llamado a la libertad. Piaget y Kohlberg pusieron de relieve ya a mediados del siglo pasado cómo el paso de la heteronomía a la autonomía es un proceso gradual, que puede verse truncado: es decir, no es lineal como el desarrollo biológico, no es algo automático, la persona puede no llegar a un desarrollo moral propio de un adulto y quedarse estancado en una fase previa (lo que sería signo de inmadurez). Y esto será así si no le proporcionamos desde la familia y la escuela los recursos necesarios para ir madurando como persona. En el caso del sujeto con síndrome de Down esto está superclaro.

Quisiera llamar su atención ante un hecho que, siendo trascendental, pasa desapercibido las más de las veces. Es en las primeras edades (0-8 años) cuando se fragua el sentido del orden, un componente esencial de la responsabilidad y de la vida personal. El niño tiene que interiorizarlo desde la cuna: ser regulares en las tomas, en las horas de dormir, y así progresivamente. El niño tiene que recoger sus juguetes, tiene que comer lo que le han preparado (no sólo lo que les gusta), tiene que ver televisión o jugar con el ordenador cuando toca, etc. Y junto a la idea de orden está la idea del esfuerzo, de disciplina, de la voluntad de sacrificarse y tantos otros valores que iremos señalando.

Si en su momento no adquieren su justa dimensión, estaremos creando vuelvo a insistir en ello personas irresponsables, inmaduras; y la escuela, mis queridos amigos, no sólo tendrá mayores dificultades para llevar a cabo su tarea educadora, no podrá enderezar el árbol torcido, que es distinto. Las oportunidades para crecer sanamente no surgen espontáneamente, hay que generarlas, buscarlas y ofrecerlas. Un padre tiene que estar atento y proporcionar al hijo

los instrumentos, recursos y oportunidades para que éste vaya creciendo y madurando en todos los órdenes de la vida. Por amor.

No podemos olvidar que la persona con síndrome de Down adulta va a estar fuertemente condicionada por su entorno, y de manera muy importante por su entorno familiar, porque de ella va recibir para bien o para mal los pilares básicos y los estímulos nutrientes con los que elaborar su identidad personal. Por eso es crucial pararnos de vez en cuando y examinar cómo estamos cumpliendo con nuestras responsabilidades como padres, hermanos, abuelos de una persona con síndrome de Down. La verdadera educación tiene lugar en el hogar. De aquí que se conceda un énfasis primordial al contexto familiar cuando hablamos de una persona con dificultades para conquistar su autonomía, como es el caso que nos ocupa.



La familia, como primer marco de referencia para el ser humano, será el primer ámbito afectado por la discapacidad intelectual de uno de sus miembros y, en consecuencia, habrá de ser el primero sobre el que hay que intervenir de manera coherente, constante y dinámica. Por eso también, como afirma Juan José Lacasta, para cada familia se requiere un plan singular de apoyo, creado con su colaboración y protagonismo, orientado a una vida de calidad, a una vida feliz en un entorno promotor de bienestar y favorecedor de la máxima inclusión y participa-

ción. La familia necesita apoyo para adquirir competencias, habilidades y virtudes para ofrecer, desde la relación natural y en el entorno natural, las mejores oportunidades y apoyos a esa persona en su seno que presenta una discapacidad intelectual o del desarrollo⁴.

LLEGÓ, PUES, LA HORA DE HACER FAMILIA

Vivimos una época de una ética indolora, en la que todos tenemos derechos pero nadie parece tener deberes y obligaciones. Craso error, que estamos pagando muy caro. La vida familiar no puede ser una vida virtual de ilusiones, de ensoñaciones, de fantasías y de ficciones amorosas o sentimentales; hay vida familiar cuando los sentimientos se realizan, se concretan, se materializan, se encarnan y transforman a cada una de las personas en parte de una realidad común y compartida⁵.

Ha llegado, por consiguiente, el momento de reaccionar ante las abstracciones y simplificaciones en gran medida provenientes de la ideología de género, que tanto daño ha hecho respecto de la vida familiar, y por eso digo que ha llegado la hora de hacer familia, de implicarse, comprometerse y participar en lo mejor que le podemos ofrecer a los nuestros, una familia asentada en la responsabilidad, que es tanto como decir en el amor. Porque, como señala Domingo Moratalla, la familia siempre será el mejor refugio psíquico que encontrará el individuo, el más adecuado ambiente para el cultivo civilizado de la personalidad infantil, la idónea atmósfera social donde los adultos mantengan su identidad, la espontaneidad del trato interpersonal, la expresión afectiva, la intimidad y el altruismo.

La seguridad, la estabilidad y la madurez emocional no pueden ser demagógicamente atacadas como valores de un orden religioso, victoriano y opresor. No sólo no es así sino que esas características, que constituyen los ingredientes de una familia equilibrada, aseguran un funcionamiento adecuado, contribuyen de forma importante a la satisfacción personal, permiten protegerse contra problemas y tensiones agudas, constituyen una forma magistral de gestionar y resolver las situaciones problemáticas y estresantes que la vida nos va planteando.

No lo es lo mismo “tener una casa”, “convivir en una casa” o “habitar en un hogar”... Lo saben bien las personas sin hogar: triste es tener que perderlo para aprender a valorarlo. Pues bien, a pesar de que todos sabemos que un grupo de personas que comparten una casa no son necesariamente una familia, no siempre acertamos a imprimir a nuestras casas el sabor de un hogar, y los miembros más débiles y vulnerables de la unidad familiar van a ser quienes más lo sufran en sus propias carnes. Para construir el espacio común del hogar hacen falta altas dosis de empatía, de voluntad de servicio y un esfuerzo permanente por parte de todos (pero, lógicamente, mayor en el caso de los padres). El sentido de pertenencia y participación en un proyecto común, diferente a la del mero contrato o la simple alianza de intereses, en el que todos tienen algo que aportar, pero con criterio y bajo la dirección de quien detenta la autoridad (los padres), configuran la dimensión ética propia de la convivencia familiar.

Si hacemos tanta insistencia en el esfuerzo y la disciplina es porque creemos que la complejidad de la voluntad no puede estar determinada por la inmediatez de las situaciones ni por las arbitrariedades de los impulsos temperamentales. Eso genera *personas veleta*. La voluntad se forja, se trabaja día a día, es el resultado de una regulación que no es sólo cognitiva sino emocional. Disciplinar e inculcar normas no es imponerlas sino reconocerlas, vivirlas y proponerlas como indispensables para la organización y la habitabilidad del hogar, la integración social y el bienestar personal. Es evidente, en tal caso, que la educación de las virtudes y de las emociones no es uno de los capítulos de menor importancia de la vida personal y social; por el contrario, es éste uno de los puntos más esenciales.

No es extraño, por ello, que Goleman empiece su celeberrimo libro *Inteligencia emocional* con una interesante referencia a Aristóteles que nosotros tomamos del original en toda su extensión: “Encolerizarse está al alcance de todo el mundo, y es cosa tan fácil como derramar dinero y hacer gastos con profusión. Pero saber a quién conviene darlo, hasta qué cantidad, en qué momento, por qué causa, de qué manera, éste es un mérito que no contraen todos y que es difícil poseer. Y he aquí por qué el bien es a un tiempo una cosa rara, laudable y bella”⁶. Adela Cortina, en alusión aristotélica, reconoce que “para eso hace falta entrenarse, como los arqueros

que quieren dar en el blanco y necesitan ejercitarse sin descanso; para eso hace falta educar día a día las emociones, que además tienen la capacidad de descubrirnos regiones inéditas”.

La perfección moral sólo se consigue cuando la coherencia entre ideas y actos ha llegado a ser tan profunda y prolongada que los modos de obrar se han convertido en una especie de segunda naturaleza, en hábitos virtuosos que se ponen en práctica sin gran esfuerzo y hasta con placer. Hace falta, pues, recuperar una ética de la virtud. Conceptos tales como humildad, templanza y diligencia habrán de ser sacados del baúl de los recuerdos y educar con ellos y en ellos a nuestros niños y jóvenes.

¿POR DÓNDE EMPEZAMOS?

Uno de los acuerdos del Congreso de FEAPS Toledo 10 fue el siguiente: “Empoderar a las personas con discapacidad intelectual y aumentar su capacidad de autodeterminación, teniendo en cuenta sus necesidades de apoyo”. Por su parte, Inclusión Internacional afirma: “Es importante que cada ser humano tenga influencia sobre su vida, forme parte de su vecindad y de la sociedad. Es importante que cada ser humano tome sus propias decisiones, se le escuche y se le trate con respeto”. Las cosas están claras, creo yo.

Quevedo escribió:

Ayer se fue; mañana no ha llegado;
hoy se está yendo sin parar un punto:
soy un fue, y un será, y un es cansado.

En el hoy y mañana y ayer, junto
pañales y mortaja, y he quedado
presentes sucesiones de difunto.

Ya no es ayer; mañana no ha llegado;
hoy pasa, y es, y fue, con movimiento
que a la muerte me lleva despeñado.

Ortega insistía siempre en que si la vida fuera interminable no sería importante errar, porque el tiempo perdido sería indiferente, siempre quedaría otro para rectificar o volver a empezar. Pero no es así, y el tiempo perdido es irrecuperable, es una parte insustituible de nuestra vida, y de ahí la exigencia de acertar. Julián Marías formuló el siguiente interrogante: “¿Cuándo se ha ocurrido que se pueda aumentar la felicidad humana, no acumulando cosas, no cambiando las estructuras económicas, sociales o políticas del mundo, sino cambiando la realidad antropológica, cultivando dimensiones relegadas de la vida biográfica personal?”⁸. Es emocionante y altamente gratificante el contacto con jóvenes adultos con síndrome de Down que tienen su empleo, su ocio, su vida propia. Y el secreto siempre es el mismo: detrás ha habido una familia que desde el principio tuvo claros criterios y valores, y que se esforzó con paciencia y delicadeza en acompañar el crecimiento de su miembro más vulnerable. Por amor.

¹No soy sexista. Pero tampoco soy políticamente correcto. Por ello, me niego a usar expresiones como hijo/a. Indistintamente me referiré a uno u otro sexo, de manera natural y sin mayores problemas. La ideología de género, en mi opinión, no es una buena compañera de viaje.

²BARBERÁ ALBALAT, V., La responsabilidad (Santillana, Madrid 2001), pp. 16-17.

³SAMPEDRO, J.L., La escritura necesaria (Siruela, Madrid 1996), p. 300.

⁴LACASTA, J.J., “El proceso y las conclusiones del congreso de FEAPS Toledo 10: Para un proyecto común de futuro para el conjunto del Movimiento Asociativo FEAPS”, Siglo Cero 234 (2010) 7-37.

⁵DOMINGO MORATALLA, A., Ética de la vida familiar. Desclée de Brower, Bilbao 2006.

⁶ARISTÓTELES, Moral a Nicómaco (libro tercero, capítulo IX).

⁷CORTINA, A., Ética de la razón cordial (Nobel, Oviedo 2007), p. 87.

⁸MARÍAS, J., La felicidad humana (Alianza, Madrid 1989), p. 381.